



Cartel de la I edición de TEATROXTELÉFONO, Instituto del Teatro de Madrid.

Ante situaciones extremas, surgen ideas nuevas. TeatroXTeléfono se concibe por la necesidad de actuar ante la soledad y el cierre cultural. Crear no podía quedar en segunda línea. En pleno confinamiento, dentro de la I edición de TEATROXTELÉFONO, el Instituto del Teatro de Madrid abrió la convocatoria ESCENARIO VIRTUAL con objeto de dar cabida a creadores y compañías jóvenes que habían visto truncada su actividad. Gracias a todas las personas que respondieron a la convocatoria, se concibieron las piezas del Escenario Virtual, estrenadas *online* los días 24, 25 y 26 de abril de 2020. Una loable labor realizada por los dramaturgos

y actores que, con medios digitales, tiempo limitado y falta de escenario, se las idearon para abordar el teatro desde una perspectiva innovadora. No cabe duda de que el futuro venidero gozará de fortuna si atendemos al potencial y valor de nuestros creadores, cuyas piezas creadas en confinamiento se pueden ver también en el canal de *youtube* del ITEM.

Mélanie Werder y Elena Moncayola.
Directoras del proyecto TeatroXTeléfono

Pieza estrenada en el ESCENARIO VIRTUAL el día 24 abril de 2020, en el marco del I CICLO DE TEATROXTELÉFONO del Instituto del Teatro de Madrid. Interpretada por Teresa María Escobedo Domínguez.

1. CRÓNICAS DE UN MIMO TRANSGRESOR

TERESA MARÍA ESCOBEDO DOMÍNGUEZ

(Se enciende la cámara y vemos a una persona vestida con atuendo de mimo. Acto seguido, empieza a actuar, tratando de contar una animada historia con tan solo su expresión corporal. Pasados unos pocos minutos, se detiene y mira fijamente a la cámara con expresión seria.)

MIMO. Buenas noches querido público. Soy totalmente consciente de que lo que acabo de hacer, rompe con cualquier expectativa que pudiesen tener de esta función. Ante todo, pido disculpas, que sea un mimo transgresor no justifica la falta de educación.

(Suspira dramáticamente)

Al fin y al cabo, acabo de romper la PRINCIPAL NORMA que nunca debe quebrantar ninguno de mi gremio.

(Vemos como el mimo coge un libro titulado «Guía del buen mimo», lo abre por una determinada página y empieza a leer.)

«El buen mimo, para el ejercicio de su práctica, nunca podrá hacer uso de su voz o cualquier tipo de sonido al llevar a cabo su actuación.» *(Cierra dramáticamente el libro)*

Como veis, ahora mismo soy lo que todos ustedes estáis pensando, un fraude. Después de todo, ¿qué clase de mimo reúne a su público para acabar haciendo un monólogo? *(Se ríe para sus adentros)*

Pues precisamente uno que tiene un poco de sinvergüenza, es decir, yo.

(Mira a la pantalla) Uy, mi ordenador me está notificando que alguno de ustedes ya ha abandonado la sesión. Os pido una oportunidad. Entiendo que esto no es por lo que habéis pagado y que probablemente os sintáis un poquito engañados. Pero calma, todo tiene una razón de ser, incluso el engaño al que os he sometido con el espectáculo de hoy.

(Vuelve a mirar la pantalla) Vale, veo que os habéis quedado solamente dos de los cinco espectadores que tenía mi función.

(Con ironía) ¡Qué éxito tan arrollador tenemos los mimos virtuales en pleno siglo XXI!

Bueno, igualmente doy las gracias a los usuarios *(Empieza a leer)* *maduritoentrañable64* *(Pone cara de asco)* y a *lolitateatrera93* *(Un poco más aliviada)*.

Madre mía, querido público, ahora mismo dudo un poco de vuestras intenciones al ver el espectáculo. En fin, proseguiré igualmente. Si os habéis quedado en la sesión será para saber cómo he llegado hasta el punto de arruinar mi propio espectáculo.

(Con cierta gracia) ¡Si es que el cotilleo le puede al ser humano!

(Suspira y empieza a contar) La verdad que no siempre quise ser un mimo. De pequeña, tuve todos los sueños que una niña puede tener. Veterinaria, abogada, cantante... Incluso hubo una época en la que quise ser presidenta, ¿presidenta de qué? Pues eso no lo sabía ni yo, simple y llanamente quería ser presidenta de cualquier cosa *(Se ríe)*, que ideas más raras tienen los niños, ¿no?

Mi vocación por ser mimo vino más adelante, para ser concretos, en plena adolescencia. En esa etapa turbulenta y hormonada de la que muchos suelen querer olvidarse. Los granos, la vergüenza, los primeros besos inexistentes. Ay... sin duda alguna, la adolescencia es el momento perfecto para que los jóvenes solitarios den rienda suelta a su imaginación con las fantasías más rocambolescas. Éste era también mi caso, me encantaba imaginar aquello de lo que carecía en mi vida real. Mi situación familiar era... Complicada, por así decirlo. En el instituto tenía amigos, pero ninguno realmente cercano, por lo que muchas veces me sentía sola, terriblemente sola.

Y así fue como el teatro se convirtió en mi refugio, el único rincón dónde podía tenerlo todo. Podía gritar, enamorarme, llorar. Podía sentir a través de lo que me decían los personajes. Era lo único que me hacía feliz.

Hasta que me quitaron mi principal medio de expresión, la voz. Resulta que en mi casa llegó un momento en el que no se toleraban los ruidos. Bueno, más bien, no se toleraba mi voz. (*Con tristeza*) Es curioso porque el sonido de golpes y gritos sí que estaba permitido. Se ve que era lo único que no se prohibía en casa.

Tenía miedo de que me escucharan practicar teatro en mi cuarto, así que decidí buscar una alternativa. Algo que me permitiese salir de allí, aunque fuese tan solo en espíritu. Y así fue como me enamoré de la mímica. Se puede expresar tanto sin decir ni una sola palabra. Me parecía particularmente encantador el que los mimos tuviesen que vestirse siempre de blanco y negro, los colores más neutrales posibles. De esta manera, toda la responsabilidad de la actuación recaía en nada más que lo que yo fuese capaz de transmitir con mi cuerpo. Conseguí convertir el silencio que me habían impuesto en mi mayor medio de expresión.

Con el tiempo de afición pasó a hábito, y de hábito conseguí que se convirtiese en mi trabajo. Ha sido muy bonito poder vivir de la mímica durante todo este tiempo. Pero como sabéis, pocas cosas duran eternamente. Y yo ya estaba tardando en despertar del bonito sueño que me ha brindado ser un mimo. Los gustos han cambiado y las personas se ha vuelto perezosas. Ya nadie quiere adivinar las historias que esconden los movimientos de mi cuerpo. Prefieren lo que les brinda la televisión. Al fin y al cabo es lo más barato y fácil. Porque eso es lo que importa ahora, ¿no? El dinero y la inmediatez. Ahora que lo verbalizo, suena tan real que hasta duele. Mi último recurso era éste, una pequeña plataforma online con la que poder atrapar la atención de la gente.

(*Con ironía*) Actuaciones a distancia fáciles y cómodas para toda la familia. (*Suspira*) Estaba claro que era un intento torpe y agonizante para no despertarme de mi sueño. Y los sueños no siempre te pueden pagar el alquiler. El mío se ve que no es de esos.

Gracias a Lula (mi nombre de mimo) he conseguido despertar las carcajadas de muchas personas, niños, abuelos,

jóvenes... Creo que es una de las sensaciones más bonitas que he experimentado en mi vida. Ver el contraste entre mi silencio y esas risas, cantarinas y sinceras.

Ahora me veo obligada a romper ese silencio, tanpreciado para mí. El tiempo y las circunstancias han hecho que se vuelva frágil y delicado. Y ya no puedo mantenerlo más, ni siquiera me queda la ilusión suficiente como para hacerlo.

Así que nada, sin mayor dilación, me despido de ustedes. Ésta es la última vez que Lula el mimo sale a la luz, y quería darle un entierro mínimamente digno. Aunque fuese delante de unas pocas personas.

(Vemos como LULA se levanta, se despide mediante mímica y apaga la cámara.)

Pieza estrenada en el ESCENARIO VIRTUAL el día 26 abril de 2020, en el marco del I CICLO DE TEATROXTELÉFONO del Instituto del Teatro de Madrid. Interpretada por Jennifer Palencia y Víctor Feral.

2. IDEACIONES DE UN PASAJERO CUALQUIERA

VÍCTOR FERAL

(En escena: dos mesas enfrentadas. Entran una mujer y un hombre. Se sientan enfrentados. La mujer lleva consigo una maleta de ruedas y va con las gafas de sol en la cabeza. Viste pañuelo, cinturón, botas y un bolso colgado al hombro. El hombre también lleva consigo una maleta de ruedas. Viste con una boina en la cabeza, cinturón, zapatos. Lleva una cartera colgada al hombro y una bolsa de Duti-free en la mano. Vuelven a sus respectivas casas después de un vuelo.)

MUJER. Odio volar. Pero no el hecho de volar, porque si pudiera volar no lo odiaría. Imaginando la idea de volar se me viene a la cabeza *Quechua*, y la cantidad de polares del Decathlon que necesitaría, porque siempre tengo frío, porque tengo hipotiroidismo, que es lo que me hace estar un poco más redondita. Pero, pese al frío, la idea de volar no me desagrada. Lo que odio es el proceso de volar.

HOMBRE. Adoro volar. Pero no el hecho de volar, porque, aunque pudiera volar, no volaría. Tengo casi vértigo, aunque me manejo bien un parque de atracciones, pero miradores de cristal o edificios que se balancean no puedo soportarlos. Con el simple pensamiento de volar me sufren las lumbares, y es que a mí la humedad y el aire me irritan los huesos y los músculos y acabo dolorido. No, no volaría nunca. Lo que adoro es el proceso de volar.

MUJER. Tener un vuelo es igual a la agonía de una cita con el dentista. Yo me la apunto en el móvil, en la agenda de papel y les pido que me manden un recordatorio por SMS, pero siendo realista, a mí nunca se me olvida el dentista porque valoro mucho mi higiene bucal y es el único día que me tomo medio *orfidal* sin sentirme culpable. Pues lo mismo me pasa con el vuelo: el día de antes haces la maleta, pero la pequeña.

HOMBRE. Tener que volar es igual a la emoción de una primera cita. Cuando llega el día te preguntas ¿Quién será? ¿Qué pediré para comer? ¿Me caerá bien? Te vistes elegante, pero informal, que no se note que te importa tanto. Buena colonia, afeitado y un par de calcetines graciosos. Mi padre siempre me decía que la primera imagen es importante. Y en un aeropuerto, todo es primera imagen. Ayer hice la maleta. Hacer la maleta es un juego. Tienes que meter todas aquellas cosas que crees, que piensas, que vas a necesitar, que quieres usar en los próximos días. Te ayuda a darte cuenta de las cosas que realmente son importantes. En uno de mis viajes a Londres, la aerolínea me dio un regalo por mi vuelo número mil, una maleta pequeña. Es la que uso ahora.

(*El HOMBRE y la MUJER suben la maleta a la cama simultáneamente*).

MUJER. En uno de mis viajes a Londres se rompió una de las ruedas en un bache en la acera, otra la rompieron a golpes en la bodega del avión, porque, aunque vayas con la pequeña, uno nunca sabe, y por último una tercera al salir de la parada de *Tooting Broadway*. Me tuve que comprar otra maleta, que es la que uso ahora. La preparé ayer con cuatro cositas de nada y un par de por si acaso. (*Saca de la maleta un antifaz para dormir*). No he dormido nada. Basta decir que la noche antes

de un vuelo no duermes, da igual a la hora que sea, porque el miedo a perderlo y tener que pagar setecientos euros de otro inmediato te desvela al más puro estilo yonki. (*Saca un neceser*). Yo no me he drogado nunca. Nunca más, desde la última vez que me dieron no sé qué, coca sería, y no dormí de un tirón hasta la siesta del día anterior. Además, se junta el nervio de no llegar, con el nervio de qué me pongo. Yo soy de las que piensa que al aeropuerto hay que ir mona porque nunca sabes lo que puede pasar. Mi madre siempre decía eso cuando íbamos al médico: «dúchate, los dientes, pipi y popo y una bonita blusa». (*Confesión*). Me tomé medio *orfidal* al subirme al taxi. He cogido un taxi, siempre cojo un taxi. El autobús del ayuntamiento es ridículo. Para turistas. A veces he tenido algún taxista dicharachero, de los que preguntan por el viaje y el trabajo. No me gusta que me hablen en los taxis, prefiero que se centren, que me lleven rápido y que no se pierdan. Entre la M30, la M40, la M50, la M45, la A2, la M21, la R3... he llegado a estar quince minutos dando vueltas entre Torrejón y Coslada, y eso te hunde el ánimo.

HOMBRE. (*Saca de la maleta un antifaz para dormir*). No he dormido nada. La noche antes de un vuelo no duermo, da igual a la hora que sea, porque la emoción de la aventura de viajar y de sentirte en movimiento y conectado en el mundo te desvela como la noche antes de tu boda. Yo no estoy casado. Estuve prometido una vez, pero no era el momento adecuado. Pero espero casarme pronto, encontrar a la mujer de mi vida y formar a una familia, si ella está de acuerdo. Yo siempre miro la app del tiempo y en base a lo que digan decido qué ponerme, yo confío en la meteorología, soy un hombre de ciencia. (*Confesión*.) Esta vez pedí un taxi. Habitualmente voy en tren y cojo el autobús del ayuntamiento, es divertidísimo. Cada pasajero hablando un idioma diferente. A veces he tenido algún taxista mudo, de los que no hablan, que no participan, que no se interesan por la persona que llevan en su coche. Prefiero los que te dan temas de conversación. Siempre he pensado que uno de los momentos más íntimos

en la vida es un trayecto en taxi. Siempre pago en efectivo, aunque también llevo tarjeta de crédito.

HOMBRE. Y MUJER. (*La MUJER se quita las gafas de sol en la cabeza. HOMBRE se quita la boina*). Cuando entro en el aeropuerto...

MUJER. ...siempre me imagino a los paparazzi. Y camino por la terminal como si me estuvieran fotografiando. Pero luego todo se desvanece cuando pasas el «control de seguridad». ¿Seguridad de quién? La mía no. (*Saca la botella de agua.*) Yo llevo mi botella de agua, divina y *ecofriendly*, y se me ha olvidado bebérmela antes de pasar por la máquina de rayos. La segurata le ha dicho al compañero: «Vaya, vaya, mira esto. Qué gente.». A lo que yo he respondido: «Ay sí, perdón, es mía se me ha olvidado bebérmela, es agua. Ahora mismo lo hago». Y la señora me dice; «tienes que salir, bebértela al otro lado del arco, y volver a entrar». «Es agua» digo yo. «¿Y si fuera ácido y me lo tirarás a la cara?» dice ella. ¡Ácido, pero qué tipo de ácido voy a llevar yo en una cantimplora de viaje a Londres con una maleta de mano! Total, me la he bebido. «Es el protocolo» insistió cuando acabé de tragar, «El protocolo del agua».

HOMBRE. Siempre voy directo al puesto de revistas: *Muy Interesante*, *National Geographic* y *El Jueves*. Y a pasar el control de seguridad. Ya casi me conozco a todos los trabajadores. Me divierten mucho las personas que no saben pasar el control de seguridad. Hoy una señora ha pasado una cantimplora llena de agua. Me hace sentir afortunado el poder y haber podido viajar tanto. Me han parado. «Enséñeme las palmas de las manos» me dijo. Lo hice y me paso un papel que metió en una máquina que no había visto nunca y al cabo de diez segundos apareció una luz verde. «¿Qué significa?» Pregunté. «Que no tiene droga en las manos». Sinceramente, que alguien piense que yo puedo ser traficante de droga eleva mis niveles de testosterona. Cuando vuelo, vuelo por trabajo, pero siempre digo que vuelo por placer. Volar solo por trabajo es mentira, si vuelas es porque te gusta. (*La MUJER se quita el pañuelo, el cinturón y las botas. El HOMBRE se quita los zapatos y el cinturón.*)

MUJER. Coge todas tus bandejas y a la mesa, a ponerte mona de nuevo. Siempre miro a mi alrededor a ver si algún hombre guapo pasando el control a la par que yo. Y nos miramos, nos sonreímos y no nos volvemos a ver hasta..., cuando me voy a sentar en el avión, él está en el asiento B y me dice: «Tienes el A» y me sonrío, sube mi maleta y hablamos todo el vuelo. Hablamos de nosotros y nuestro futuro.

HOMBRE. Me he sentado a calzarme y me he quedado un rato mirando a la mujer que llevaba la cantimplora en la mano. Que mujer más concienciada. Siempre, lo primero, hay que ir a mirar el monitor de información. Que alegría, aún no habían puesto mi puerta de embarque. Ahora viene lo mejor de volar, el *duty free*. Nunca sabes que comprar porque todo tiene unos descuentos increíbles. El aeropuerto es como un parque para adultos. Yo siempre me doy una vuelta para ver qué opciones de comida tengo, pero cuando vuelas lo mejor es una hamburguesa, te hace feliz. Cada día los billetes, incluso con *British*, son más baratos, así que siempre se tiene un poco de dinero extra para algún detallito. He estado dando una vuelta, viendo escaparates, hasta que me ha llegado el mensaje: ya podía ir la puerta de embarque.

MUJER. Tuve que irme corriendo al baño, me había bebido medio litro de agua. Ahora viene lo peor de volar, el *duty free*. Qué aburrimiento, qué desperdicio de tiempo, de dinero, de energía. Las tiendas del aeropuerto están seleccionadas para recordarte, que, aunque entres en la terminal pensando en los paparazzi, hayas venido en taxi, y te hayas gasto ciento cincuenta euros en el billete con *British*, eres pobre. Y como están diseñadas así, cuando vacié mi vejiga, me fui de tiendas con un *McFlurry* de chocolate. Por fin pusieron en el monitor de información mi puerta de embarque después de haber pasado una hora de mi vida sin haberme comprado nada de lo que quisiera haberme comprado. Sorpresa, siempre acabo en la terminal satélite. Otros diez minutos de mi vida a la basura. (*Sigue deshaciendo la maleta*) Las azafatas del mostrador son unas granjeras y los de seguridad sus perros pastores que nos mantiene a raya y nos ordena dónde nos

tenemos que poner. Nunca entenderé el orden de los grupos de embarque: A, 1, 2, 3 y 4 ¿A, de qué? Tienes dos opciones hacer media hora de cola contando todas las maletas que van delante de ti y rezar a todos los dioses para que no te pongan la pegatina de la vergüenza, de que llegas tarde, de que te bajan la maleta a la bodega. O lo que he hecho yo, que vuelo mucho. Pagas prioridad y te tomas la otra mitad del orfidal que te ha sobrado de esta mañana.

HOMBRE. (*Sigue deshaciendo la maleta*). Empieza la carrera. El que primero llegue tiene garantizada su maleta. Me encanta lo ordenado que es el embarque. Los grupos, dando prioridad a los que más lo necesitan, porque vuelan por trabajo. Los de seguridad siempre tratan general, y a veces pues tienen que bajar tu maleta a la bodega, qué se le va a hacer, es su trabajo. Me ha sonreído la suerte y me la han dejado pasar.

HOMBRE Y MUJER. Cuando me subo al avión...

MUJER. ...pido dos cosas, que haya al menos un azafato guapo y que no se siente un gordo al lado. Y un apunte, si es gordo, por lo menos que sea guapo. Odio que no retiren los plásticos del cerdo que estuvo sentado antes que yo, que se había tomado unas *Pringles* con un Rioja. Volar es mediocre. Odio que después de dos horas de aburrimiento infernal en la terminal, tenga diez segundos para decir qué quiero hacer en las próximas dos hora y media. ¿Me leo un libro? ¿Veo una peli? ¿Me duermo? ¿Y si no me duermo, me veo una peli o me leo un libro? Como es habitual el señor del asiento B no era el hombre de mi vida y me ha mirado con cara de «coge todo lo que quieras ahora porque no me pienso levantar durante el vuelo». Por suerte no era gordo. Parecía un profesor de universidad, podría haber sido el hombre de mi vida. (*Se toca los bolsillos y se da cuenta que lleva el DNI*). Cuando el avión se empieza a mover siempre pienso que voy a morir. Siempre llevo el DNI en el bolsillo del pantalón, para que identifiquen mi cadáver lo antes posible y quizás también me ponga mona por esto, por si acaso... (*Pulgar hacia abajo, por si acaso mueres*). Una vez en el pueblo de mi abuela, una pedanía de Guadalajara, cerca de Sacedón, una pitonisa me

leyó la mano. No era pitonisa, era una amiga del grupo. Y me dijo que tengo la línea de la vida corta y que moriría joven. Es cierto, lo de línea.

MUJER. ...ya lo tengo todo listo. Ya me puedo relajar, he comido, he ido al baño y ahora a disfrutar de una peli. He llegado al asiento, me ha tocado el B y en el A se ha sentado la mujer de la cantimplora. Estaba buscando en la maleta, muy rápido, y ha sacado un libro. La he mirado con cara de, «tranquila, que si no lo encuentras ahora luego me levanto para que lo cojas». Lo primero es ver el menú, aunque no tenía hambre, pero para saber que siguen vendiendo las *Pringles* y una botellita, de las pequeñas, de Rioja. (*Se toca los bolsillos y se da cuenta que lleva la cartera*). El traqueteo del avión cuando se mueve es como el de la montaña rusa, provoca un subidón de adrenalina. Yo sé que estoy seguro, porque el avión es el medio de transporte más seguro, pero claro, es volar y me hace sentir eufórico. Del grupo de amigos del pueblo de mi abuelo, en Cuenca, cerca de Castejón, fui el primero en volar, cuando mis padres me llevaron a *Eurodisney*. Aún recuerdo sus caras de envidia cuando les conté que había visto las nubes.

(El HOMBRE y la MUJER *bostezan*)

HOMBRE. Siempre hace frío en el avión, pero es normal, estamos en el cielo. He estado más cómodo de lo habitual porque no se ha sentado nadie en el asiento C y la mujer de la cantimplora se durmió un buen rato. Encendí el ordenador y me puse a ver la película. Yo vuelo mucho, y siempre me descargo una película, con el tiempo perfecto para poder verla completa. Hoy he visto «*Pokémon: Detective Pikachu*». Con la señora del asiento A no he hablado nada, aunque podría. Nunca me lanzo, siempre me da vergüenza, aunque, y es secreto, encontrar a la mujer de mi vida en un avión sería muy romántico. Yo me imagino que, al salir, después de haber hablado durante todo el vuelo le diría «Voy a coger un taxi ¿compartimos?» y ella aceptaría y ahí, en la intimidad del taxi, continuaríamos nuestro romance.

MUJER. Siempre me duermo durante el despegue. Creo que es por los cambios de temperatura, (*hace el gesto de girar el aire*) ahora frío, (*vuelve a girarlo hacia el otro lado*) ahora calor. Nunca se está cómodo en un avión. El señor del asiento B no era profesor de universidad, y si lo fuese, no lo es de una buena universidad. Ha visto la última película de *Pokémon, Detective Pikachu*. No era el hombre de mi vida. Tampoco había azafatos guapos. Uno de ellos era mono, pero era gay.

HOMBRE Y MUJER. El vuelo ha sido...

MUJER. ...bueno. Bueno significa que no hemos muerto, no ha llorado ningún bebé, nadie ha aplaudido al aterrizar, no volaban familias con más de dos hijos, no había ninguna despedida de soltera, nadie ha discutido porque no le bajaban la maleta a la bodega, nadie ha pedido un cambio de sitio y nadie ha traído una hamburguesa para comérsela en el avión. Bueno, significa, no malo, porque volar siempre es malo. He ganado la carrera del control de fronteras. Siempre que cruzo el control policial miro hacia atrás y pienso «ahí os quedáis pringaos». He cogido un taxi y me he hecho pasar por extranjera para que no me dirigiera la palabra. Aquí estoy, te he traído esto. (*Saca una tableta de Toblerone*).

HOMBRE. ...genial. Al final no he comido nada porque no podía parar de ver la película. Ha habido unas pocas turbulencias, de las divertidas y el piloto ha aterrizado estupendamente. Había una pasajera que ha salido escopetada del avión, con una prisa hospitalaria. Resonaban sus tacones por toda la terminal. Pero si luego, todos salimos por la misma puerta. Yo no corro porque volar ya cuenta como el ejercicio de un par de días. He cogido un taxi. Qué majos son, que siempre se interesan por tu viaje. Aquí estoy. Mañana tengo clase en la universidad a las 9. Te he traído esto. (*Saca una tableta de Toblerone*).

HOMBRE Y MUJER.: ¿Qué hay de cenar?

Fin.